

## Francisco: el testamento de un Papa que incomodó al mundo

Juan Francisco Miguel

El pasado 21 de abril el mundo amaneció distinto. No hubo titulares lo suficientemente grandes, ni campanas que pudieran sonar con la fuerza que merecía la noticia: falleció el Papa Francisco.

Durante años, Jorge Mario Bergoglio —ese hijo de inmigrantes italianos, ese muchacho de Flores que alguna vez soñó con ser químico— llevó sobre sus espaldas no solo el peso de la tiara invisible de Pedro, sino también el de las expectativas, las críticas, los malentendidos y los sueños rotos de un mundo que, a menudo, exige redentores pero teme a los verdaderos profetas.

Cuando fue elegido Papa en 2013, muchos hablaron de un “nuevo aire” para la Iglesia. Otros, más cautos, prefirieron esperar. Los años demostraron que Francisco vino a recordar el Evangelio.

Recordar. Una palabra sencilla, pero que en tiempos de olvido y distracción se vuelve subversiva. Significa “Volver a pasar por el corazón”.

Recordó que el Evangelio no es una ideología. Que el cristianismo no es un conjunto de normas frías, ni una muralla para dividir justos de pecadores, ni un refugio para perfectos.

Recordó que ser discípulo de Jesús es, antes que nada, amar hasta que duela, hasta que incomode, hasta que desinstale.

Recordó que el corazón de la fe no está en los dogmas repetidos sin vida, sino en el encuentro con un Dios que se hizo hombre para tocar nuestras heridas, no para condenarlas desde lejos.

Y ese recuerdo, como suele suceder, molestó.

Molestó su estilo sencillo, sus zapatos gastados, su sonrisa de hombre de barrio, su lenguaje callejero. Molestaron sus gestos: abrazar a los descartados,

besar los pies de los presos, llorar con los refugiados, invitar a los enemigos a sentarse a la misma mesa.

Molestó que hablara de misericordia antes que de juicio, de ternura antes que de corrección, de puentes antes que de muros.

Algunos buscaron explicarlo de la forma más cómoda: “Es un progresista”, dijeron. “Es un populista”, sentenciaron otros. “Está confundido”, “se aleja de la tradición”, repitieron. Como si fuera más fácil ponerle etiquetas que dejarse interpelar. Como si ponerlo en un casillero sirviera para acallar la verdadera pregunta que Francisco planteaba con su vida: ¿Qué hemos hecho del Evangelio?

Lo resalto nuevamente, Francisco no vino a cambiar el Evangelio. Vino a recordarlo.

Y esa es, tal vez, la tarea más peligrosa que un hombre puede asumir hoy: la de recordar lo esencial. Porque lo esencial, cuando se olvida por demasiado tiempo, se vuelve molesto.

Nuestro querido Papa porteño no inventó un nuevo mensaje. Dijo lo mismo que la Iglesia venía diciendo desde siempre. Solo que lo dijo de pie, con voz clara, con olor a calle, con ojos que miran al pobre y no a los papeles, con un corazón que se deja interrumpir por el que sufre. Dijo: “el amor primero”. Gritó: “la misericordia antes que el juicio”. Resaltó ante miles de jóvenes: “el encuentro antes que el rechazo”.

Y muchos no lo entendieron... o no lo quisieron entender.

Porque es fácil vivir en un cristianismo que se queda en la teoría, en la norma, en los discursos seguros y sin grietas. Es cómodo tener una religión que no se mete con nuestras heridas, ni con nuestras certezas.

Pero cuando el Evangelio se hace carne —y lo hace en alguien que no predica desde un pedestal sino que camina con el pueblo— entonces incomoda.

Incomoda que alguien te mire a los ojos y te diga que Dios te ama sin condiciones.

Que te abrace cuando pensás que no lo merecés. Que le lave los pies a los descartados, que le sonría a los que nadie ve.

Eso incomoda. Porque nos obliga a preguntarnos qué estamos haciendo nosotros.

El miedo y la bronca no aparecen cuando alguien cambia la doctrina. Aparecen cuando alguien la vive demasiado bien. Cuando la convierte en vida.

Y entonces hay que defenderse. ¿Cómo? Poniendo etiquetas. Diciendo que es progresista, que es populista, que es comunista, que es confuso, que no sigue la tradición...

Pero en el fondo, no es a él a quien no quieren entender. Es al Evangelio mismo.

Porque si lo hubieran escuchado de verdad, si lo hubiesen leído con el corazón limpio, tendrían que dejar que algo cambie dentro de ellos. Y eso da miedo. Porque cambiar siempre cuesta.

Pero si no estamos dispuestos a cambiar por amor..¿Qué sentido tiene decir que somos cristianos?

Hoy Francisco ya no camina entre nosotros. Pero su recuerdo queda, como una brisa que no se deja encerrar, como un eco que no se apaga. Queda su testimonio. Queda su Evangelio vivido.

Y queda, para cada uno de nosotros, la pregunta:

¿Nos animaremos, también nosotros, a recordar lo esencial?